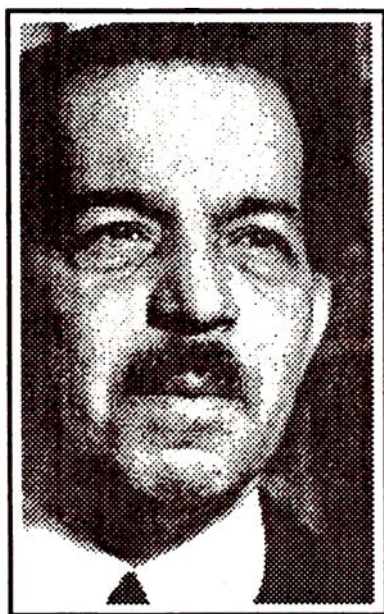


**Dra. Diony Durán**

**El Proyecto  
Utópico de  
Pedro Henríquez Ureña**



Feria Nacional del Libro Pedro Henríquez Ureña, 1992

## “COLOQUIO INTERNACIONAL SOBRE EL PENSAMIENTO HUMANÍSTICO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

*Discurso pronunciado por el  
Arq. Roberto Bergés Febles,  
Rector de la Universidad Na-  
cional Pedro Henríquez Ure-  
ña.*

*Octubre 19 de 1992.*

### PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Podríamos señalar numerosos factores que hacen de la figura de Don Pedro Henríquez Ureña un hito estelar en la historia de nuestra América. Hoy, sin embargo, desearía destacar los sentimientos de solidaridad humana que están presentes en cada uno de los temas que trató. Solidaridad humana que tiene su mejor expresión cada vez que insistió en señalar la necesaria unión de la gran familia hispanoamericana a través del cordón umbilical de la hispanidad, por donde le llegaron la lengua y los rasgos más comunes de sus respectivas culturas.

Por qué Pedro Henríquez Ureña fue, fundamentalmente un crítico erudito en el vasto campo humanístico. Ahí están sus ensayos sobre literatura, arte, lingüística, filología, historia, filosofía y demás aspectos de las disciplinas que conforman las humanidades. Pero también fue el gran sentimental, sufridor de cuanto episodio ominoso manchara las páginas de la historia de su patria chica, o de la gran Patria Americana que fue obsesión primaria en el agudo pensamiento político del Libertador Simón Bolívar, y que Don Pedro hizo suya por la vía del legado cultural hispanista común.

Por eso, al analizar con profundidad su pensamiento, encontramos como característica de su extraordinaria personalidad, su universalismo, su cosmovisión no en sentido materialista, sino como rico acervo humano para enseñar, para orientar, para despejar y, en síntesis para formar una generación capaz de llevar a su plenitud la noble idea de un panamericanismo ilustrado y de progreso solidario con justicia y orden social.

De todas las facetas de este hombre extraordinario que fue Pedro Henríquez Ureña, la que sin dudas lo destaca en mayor grado, es su vocación magisterial. A este respecto, su hermano Max solía decir que “la personalidad de Pedro se singulariza por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro”.

Al hablar de Don Pedro el Maestro, cabe entonces la pregunta: ¿Cuál fue la esencia de su filosofía? ¿Cuáles ideas, criterios y conceptos humanísticos guiaron su cátedra? Ernesto Sábato, uno de sus discípulos más ilustrados, nos dice lo siguiente: “Fue un espíritu de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un eclético; era un romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia”. Y ciertamente que era un poeta que admiraba la ciencia y exaltaba la naturaleza. Don Pedro Troncoso Sánchez, uno de nuestros más distinguidos humanistas, recién fallecido, solía contar, para revelar la sensibilidad poética de Don Pedro, que en cierta ocasión en que él y Don Pedro caminaban por uno de los jardines públicos de Buenos Aires, al observar un bellissimo rosal, este último le manifestó: “No hay dudas de que la flor es un lujo de la Naturaleza”.

El filósofo argentino Don Eugenio Pucciarelli, asevera que la estimación de la educación para Pedro Henríquez Ure-

ña, era de esencia platónica. A ese respecto dice: “estaba fielmente persuadido de que el individuo no alcanza su plenitud en la soledad, sino en la comunidad, y que ésta impone sutiles exigencias. Creía que el ennoblecimiento moral sólo puede lograrse por el camino de la educación. No concebía ésta como acumulación de saber, sino como formación de su alma armónica. Y sólo puede alcanzarse la armonía allí donde se ha determinado la jerarquía de los valores que habrán de regir el comportamiento de los hombres”.

Sobre la base de esa filosofía que nos describe Pucciarelli, pugné siempre Don Pedro por una reforma de nuestros sistemas educativos, más atentos en exceso a las exigencias del conocimiento que a la formación moral y ética del individuo. En lo concerniente a la necesidad de producir hombres con una visión del mundo acorde con la personalidad cultural contemporánea y al mismo tiempo en consonancia con los máspreciados valores de la civilización, evitando los especialismos alienantes, Don Pedro señalaba: “El remedio, para nosotros, es sencillo, no perdamos de vista nuestra sana orientación latina, las tradiciones intelectuales que nos dieron el hábito de clasificar y coordinar los conocimientos, la noción clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario o insustituible en el programa de cultura que deben cumplir las escuelas”.

Prolijo resultaría abundar en los tantos juicios de valor que se pueden extraer de la filosofía educativa de Don Pedro. Deseo sin embargo, terminar esta breve intervención, con estas ideas extraídas del pensamiento educativo de Don Pedro, que a mi entender resultan muy apropiadas en estos momentos: “La alta cultura no es un lujo; los pocos que plenamente la alcanzan, son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso y sutil secreto de la perfección en el saber; sólo ellos, maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás, a los profesionales, a los hombres de acción superior, a los guías de la juventud. Sin los maestros dueños de esa cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarían sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas. Las escuelas elementales

son imperiosa necesidad social; pero no pueden prosperar si no son la base de una pirámide cuya cima es la Universidad”.

Recordando todas estas ideas del Maestro a quien ahora rendimos homenaje de admiración y respeto, permítanme reiterar lo que expresé al principio de mis palabras: Hagamos hoy día una profunda meditación que nos permita escrutar y comprender cabalmente las tantas enseñanzas útiles que hay en todo el discurso encerrado en el legado de Pedro Henríquez Ureña. Ese sería nuestro mejor homenaje a su memoria.

Este gran hombre, esta alma noble y generosa, nos ha dejado un legado de erudición y sabiduría de extraordinario valor para nuestro mundo en transición. Este hombre que una vez nos dijo “no basta vivir para la educación. . . hay que sufrir por la educación”, constituye uno de los hitos resplandecientes en el camino de hispano-américa, en pos de su propia identidad y de su rol protagónico en nuestro mundo.

Don Ernesto Sábato, en ese sentido, quizás haya sido quien mejor expresó la trascendencia de su paso por el mundo, con las siguientes palabras: “A medida que pasan los años, ahora que la vida nos ha golpeado como es su norma, a medida que más advertimos nuestras propias debilidades e ignorancias, más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo”.

## EL PROYECTO UTOPICO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Dra. Diony Durán

América, con su delicado nombre femenino, entró en la historia del mundo europeo occidental, reorganizando los sueños del hombre del Renacimiento. Mundo espejeante debió parecer entonces a quienes volvieron a nombrarlo, y ese acto apoderativo fue símbolo de sucesivas dominaciones.

Los nombres castellanos se amalgamaron a los indígenas para denominar a las nuevas ciudades y pueblos; los ríos a veces resistieron desde sus vocablos primitivos o aceptaron los de la leyenda, como el Amazonas. Pero el oro incaico, la plata mexicana, los cedros caribeños, adornaron los capítulos de las construcciones europeas; los papagayos se incorporaron a los ornamentos del palacio de verano de los reyes alemanes; la flora dió brillantéz a los clarososcuros de las naturalezas muertas.

Las utopías renacentistas parecieron encontrar el espacio deseado en aquel abigarrado paisaje que de tanto en tanto se abría a ciudades incalculables en su delicadeza, a lagos que parecían mares, a un mundo de secretos que podía guardar la fuente de la eterna juventud a esa ambigua zona de ilusión y riqueza de El Dorado. América fue —entre todo lo que fue para Europa— sitio de una alquimia gigantesca, complemento y destino, desafío para el conquistador, orgullo para el fundador, paisaje humano que se adquiría por vasallaje, alimento de heroísmo, mundo que sin saber le daba a España el Orbe de lo hispánico y, sabiéndolo, sufriendo o disfrutando su hallazgo, América entraba en la hispanidad con la resistencia oculta de ampararse en su propia Utopía.

Porque es otra racionalidad la americana a la que organi-

za la *Utopía* de Thomas More, *La ciudad del Sol* de Campanella o *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon. Aquellas alumbraban más bien una "eutopía", un lugar bueno, sin aparentes contradicciones, pero lugar al fin inexistente, eje del sueño de un mundo que se acababa de reconocer como Viejo, cuando recién aceptaban el nuestro como Nuevo.

De otra dinámica tensa y contradictoria nacieron los sueños desde esta otra orilla del Atlántico. Nacieron de la búsqueda de una racionalidad americana, con la reflexión propia de un nuevo sujeto histórico, el cual pretendía desempeñar su papel dentro de la historia universal a la que hasta entonces había sido ajeno en materias de decisiones. Esta autoafirmación sólo podía adquirir consistencia sobre la base de la denuncia de los universales ideológicos vigentes: con los que se había justificado la represión y la explotación colonialista; y a partir de los nuevos universales ideológicos: aquellos que en el siglo XVIII teorizaba la Ilustración y dieron base a la Revolución francesa.<sup>(1)</sup>

De aquí nace una especulativa que debía ser por fuerza contradictoria y de evidentes complejidades, su sueño no iba hacia lo bueno, sino hacia lo perfectible y seleccionaba una vía de desarrollo como propuesta liberadora. Por otra parte, no vislumbraba un espacio geofísico inexistente, sino el propio americano en un momento en el que más bien se discutía el futuro inmediato, cuando la Revolución de la Independencia otorga estatuto de primera instancia a la unidad y a la soberanía continentales y a la idea optimista de hacer de la América Hispánica, lugar de justicia, tierra de promisión y solidaridad.

Lo que verdaderamente crean los hombres de la Independencia es un proyecto social que prefigura una proposición de desarrollo para Hispanoamérica en sus caracteres teóricos generales. La imposibilidad de cumplimiento inmediato, la fractura sucesiva del proyecto al enfrentarse con la realidad epocal, hace que éste se cargue de futuridad y más bien se mueva en una Ucronía: en un tiempo no existente, pero tiempo que el optimismo y el humanismo de los fundadores considera posible. Lo que se ha denominado generalmente pensa-

miento utopista en Hispanoamérica, no es sino la carga de tareas históricas por cumplir, la metáfora de lo que pudiéramos ser. Este pensamiento enfrentado a la diáspora de los Estados Nacionales, a la dependencia económica y política, a los problemas para consolidar una cultura e identidad nacionales, se ha mantenido como pensamiento transgresor, pero se ha mantenido, aflorando en múltiples ocasiones, cimentando la capacidad contestataria de la cultura latinoamericana.

Parece parte de un ritual el trasiego de la Utopía a lo largo de nuestra historia, emerge con fuerza o permanece en latencia, va el ensayo, a la novela, se articula en programas nacional-liberadores. Su trayectoria parece obra del azar, cuando no es sino obra de la necesidad histórica.

Hay un momento de cruce de caminos a finales del siglo XIX y principios del XX, al que los estudiosos de hoy vuelven con el afán, quizás, de explicarse mejor nuestro farfugoso presente. En la medida americana se produce una especial fuerza histórica de recepción crítica del pasado y de apertura hacia el futuro en la zona caribeña. No precisa dilucidar aquí todos los matices y componentes de esa etapa, pero baste recordar que en una especie de triángulo caribeño: —Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba—, se producen al unísono, las tareas históricas que se habían formulado antes a lo largo de casi un siglo de independencia continental.

Bajo esas determinaciones históricas aparece el pensamiento más promisorio de Hispanoamérica al finalizar el siglo y, en Santo Domingo, concentra, como base, parte de sus operaciones. Eugenio María de Hostos, alerta con los asuntos de Puerto Rico, desarrolla la pedagogía, funda escuelas, forma maestros. José Martí en breves estancias que estimulan a los clubes por la independencia, funda amigos, entre tanto que fundó; amigos cuya vocación histórica y fraterna iba tan unida en aquellos tiempos, que cuando José Martí y Máximo Gómez hicieron el viaje que para el cubano terminaría en Dos Ríos, quedó el otro cubano de Baní, más acompañado y comprometido a ganar la guerra en Cuba.

En ese ámbito epocal, Martí reorganiza la Utopía e intenta llevar a vias de hecho su proyecto social. Martí lo funda



todo, una nueva escritura literaria en verso, en prosa, en la oralidad de su discurso. Funda un partido aglutinador y representativo de grandes masas, organiza la guerra y para preveer como tapón ante la creciente expansión de los Estados Unidos de América. Crea, en la medida de sus posibilidades y las de su tiempo, organismos de realización para un proyecto teórico. Y, a la vez, reivindica la subjetividad creadora, los valores del espíritu, pero unidos a la historia geográfica y temporalmente determinada. Hizo más de lo posible para un solo hombre. Y es por esta medida, por este equilibrio entre teoría y práctica, entre espíritu y materia, que el discurso utópico bajo sus auspicios, se proyecta hasta la década del 20 de nuestro siglo.

Entonces no son obras del acaso las sucesivas anteculaciones entre el proyecto social de principios de siglo y el de finales; entre el pensamiento de Hostos y Martí y la familia Henríquez Ureña. En ellos se bosquejan los pivotes del pensamiento ilustrado: Progreso, Razón, programa didáctico, Ciencias Morales, exaltación de la subjetividad creadora. En la obra de Salomé Ureña hay como un remedo, casi un siglo después, del tono clásico y la pasión programática de las *Silvas Americanas* de Andrés Bello.

Son articulaciones evidentes y también soterradas, las que basamentan el americanismo de Pedro Henríquez Ureña en su profusa dominicanidad. Las relaciones que establece entre el hombre y su mundo americano, y entre éste y la humanidad, vienen de esta zona irradiante en la que se forma durante los primeros diecisiete años de su vida. El llamó a esos años "días alciónicos"<sup>(2)</sup>, aludiendo al ave mítica que anida los nuevos hijos en el mar en calma. Sin embargo, la imagen puede resultar equívoca si suponemos una nostalgia por la quietud, en quien realmente iba a encontrar sosiego, prodigando la obra de orientador que estaba en capacidad de ofrecer. Cuando José Enrique Rodó leyó su primer libro, *Ensayos críticos*, (1906), dijo: "Me encanta esa rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva que se da en Ud. como en pocos. . ." <sup>(3)</sup>. Rodó intuía con agudeza, pues así de-

bió ser Pedro Henríquez Ureña, un hombre que había cultivado su personalidad, algo tenía conseguido del equilibrio griego y era hombre de pasiones y fe como para pensar la Utopía.

La Utopía de Henríquez Ureña es el resultado de un acumulado y se expresa tácitamente en proyecto, cuando está en plena madurez su pensamiento literario, social y político; en tanto, sigue el curso de su tiempo y de las experiencias vitales y, esa temporalidad le ofrece sus denominaciones y la variabilidad histórica de sus contenidos. En los primeros años del siglo, denominaciones y contenidos categoriales fluctúan entre dos líneas de pensamiento. Las de la zona más revolucionaria del democrático liberal: Hostos y Martí, y la que hace un giro hacia una ontología nacionalista, acendrando el espacio del espíritu contra al utilitarismo: José Enrique Rodó. Consecuentemente, sus primeras propuestas en 1905 corresponden a consideraciones humanistas ilustradas: “nos debemos a la humanidad, que para esta no hay fronteras ni razas, sino un mundo que gira en el éter”.<sup>(4)</sup> Y, a continuación agrega:

“en la lucha usamos armas también en desuso como si la alabarda y el mosquete pudiera enfrentarnos al áuser y al Colt. . .” “Nos creemos acorazados porque hablamos de IDEAL, cuando el Ideal para que sea fecundo debe ser REALIZABLE, como si bastara pensar y la acción pudiera abanderarse, como si el deseo no requiriera el esfuerzo para llegar a alcanzarse.”<sup>(5)</sup>

La búsqueda de una relación equilibradora entre teoría y práctica, espíritu y materia, virtualidad y posibilidad, lo capacita para sortear los maniqueísmos de la prédica rodoniana y asumir en todo caso aquello que resultara feraz para su proyecto. En lugar de sobreestimar la “circulación de ideas”, el convite espiritual que proponían Rodó a una juventud elitaria, Pedro Henríquez Ureña estaba más preparado para razonar una moral que se pensaba según circunstancias históricas concretas y no como un absoluto universal. Henríquez Ureña estaba pensando en el espacio americano con sus de-

mandas urgentes y buscaba una equiparación entre Ariel y Calibán por ello proponía dotar de conocimiento a la mayoría y la “minoría ilustrada”, de “ideales patrios”. Su propuesta didáctica intentaba una conciliación para que Ariel no fuese un Albatros ridículo en la tierra, ni Calibán manotcara, errabundo, en los cielos.

Pero el arielismo hacía una parábola importante en la formación de la juventud americana y Henríquez Ureña había conocido el libro capital de Rodó en 1901, posiblemente en su segunda edición y en publicación dominicana. El había trasladado esa orientación a México y la hacía conocer —no sin críticas— al grupo del Ateneo de la Juventud que en ese momento fundaba. La vuelta al modelo griego a través de Rodó; el ideal de la Magna Patria, tematizado en *Ariel*, pero largamente acariciado por nuestros pensadores; la idea-fuerza de Fouillé; el optimismo juvenilista; la promoción cultural nacionalista; la búsqueda de la voz profunda, original, genuina de América, ingresaban en su perspectiva y lo hacía tomar denominaciones que perdurarían en su Utopía.

Así se produce un reencuentro con Grecia. Junto con Rodó y los estudios que entonces daba a conocer Wilamowitz, se lanza el Ateneo a la creación de un *nuevo humanismo*. Alfonso Reyes sentía a Grecia “como elemento ponderado de la vida, era como si hubiéramos creado una minúscula Grecia para nuestro uso: más o menos fiel al paradigma, pero Grecia siempre y siempre nuestra. . .”<sup>(6)</sup>, decía el mexicano, ponderando una relación emocional. Para Henríquez Ureña la acción y la remodelación social resultaban decisivas en su interpretación de Grecia:

“Enterrada la Grecia de todos los clasicismos, hasta la de los parnasianos, había surgido otra, la Héléade agonista, la Grecia que combatía y se esforzaba buscando la serenidad que nunca poseyó, inventando utopías, dando realidad en las obras del espíritu al sueño de perfección que en su embrionaria vida resultaba imposible.”<sup>(7)</sup>

Este viaje neohumanista al mundo griego lo moderaba

Pedro Henríquez Ureña en largas horas de diálogo en el Ateneo, teniendo muy en cuenta la interpretación del mundo griego que había hecho la ilustración alemana, el Aufklärung. Curioso dato en este viaje hacia la Utopía, que descubre dos elementos conformadores de su discurso: la búsqueda de un pensamiento sistémico y la ruta que llevaba a Goethe, Winkelmann, Lessing, Herder, a presentir una Magna Patria, que en el caso de los ilustrados alemanes era apetencia optimista, heroica y prerrevolucionaria, para dotar a los principados alemanes, de una cultura y una organización nacionales.

La perennidad de la imagen artística, tanto como de la especulación cultural y filosófica del mundo griego, le ofrecen la oportunidad de brindar un paradigma de jerarquía universal para oponerlo a las manifestaciones también universalmente peligrosas y decadentes. Estas creaban constantes maniqueísmos: ricos y pobres, cultos e ignorantes, artificio y legitimidad. A la vez, el referente griego lo sustrae de las antípodas simplificadoras rodonianas. Así aparece el modelo griego con un nuevo vaciado, ante el que no habría que debatir entre una Grecia que no es nuestra y nuestra propia Grecia, pues no son antagonismos los que presenta la fuente helénica para Henríquez Ureña. Tras estas denominaciones no se enmascara la índole de la Magna Patria, sus rasgos serán los que Martí había diseñado para Nuestra América.

Con la Revolución mexicana el Ateneo sale de su laboratorio de especial didactismo, en el que la experiencia de unos redundaba en el aprendizaje de otros y, pasa a la acción educacional en México. Es curioso recordar ahora que el General Reyes, padre de Alfonso, costaba la edición de *Ariel* en aquel país con el secreto destino de formar una élite cultural dirigente que acompañara a los "Científicos" del porfiriato. Sin embargo, este propósito se tuerce en la medida en la que José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Martín Luis Guzmán, Diego Rivera, Pedro Henríquez Ureña —entre otros—, empiezan a trabajar en los nuevos proyectos culturales de la revolución democrático-burguesa triunfante.

Pedro cofunda la Universidad Popular en 1912, que seis años de la Reforma Universitaria de Córdoba, iba a bus-

car a los obreros y a llevarles el conocimiento; trabaja como profesor en la Escuela de Altos Estudios y se prepara a defender su tesis para concluir los estudios de derecho. La confrontación con la Revolución mexicana es un impacto que esclarece y desarrolla los términos del pensamiento social del dominicano. Mientras a principios de siglo había aceptado con Hostos que una “revolución es un barrido extemporáneo de basura”<sup>(8)</sup>, ahora celebra que se produjera una revolución social y detecta sus fuerzas motrices allí donde era más genuina la conciencia agrarista: en el zapatismo.

Su tesis “La Universidad”, revela también una especulativa política en la que se expresan categorías nuevas y complementarias, cuando afirma:

“Efectivas ya las *garantías de libertad* ruidosamente exigidas por el siglo XVIII, (. . .) ahora el socialismo, que en realidad no ataca los beneficios prácticos alcanzados en la hora de las constituciones, ha reclamado de nuevo la activa intervención del poder público para dar al individuo toda una serie de *garantías económicas*”<sup>(9)</sup>.

Es el año 1914, y Henríquez Ureña se refiere al socialismo utópico en detallado examen en el que asume las disyuntivas entre el liberalismo y propuestas socialistas. Puesto en la situación de seleccionar entre una organización democrático-burguesa y una socialista, hace una salida defensiva por la puerta de la libertad y el honor, el individuo participante y la solidaridad humana y, esto significa una propuesta de reforma a la antigua institución burguesa y una asunción de postulados socialistas utópicos imbricados en el mismo lente reformista.

Este mismo año aparece por primera vez su enunciado de la Utopía, pero aun faltan a esa especulativa básica, la estructura de su sistema. Este bosquejo incipiente de la Utopía se conformará en relación con la experiencia de la Revolución de Octubre, las convulsiones reiteradas de la Revolución mexicana, la ingerencia norteamericana en Santo Domingo y la Primera Guerra Mundial. Acontecimientos que se precipitan

en estos años y no dejan de estar en sus puntos de vista, presentes cuando habla de España en 1922:

“¿Por qué la nación española no vence los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora de sus destinos?. Hay veces en que nos da la ilusión de haber entrado en el camino de su vida nueva y poderosa: otras veces, cuando la vemos “en el comienzo del camino, clavada siempre allí la inmóvil planta”, le descamos un ca-taclismo regenerador como el de Rusia. O como el de México.”<sup>(10)</sup>

La perspectiva social de Henríquez Ureña se amplía con la asunción de una pluralidad de posiciones; asiste desprejuiciadamente a la fundación de un nuevo orden social, e incluso sobre la República de los Soviets no tiene sólo una información noticiosa, sino que en 1920 había traducido —junto a Alfonso Reyes y Carlos Pereyra— *El Estado y la Revolución Proletaria*, de Lenín, para la Edición Biblioteca Nueva de Madrid. El núcleo social de su Utopía se organizará precisamente a partir de estas disyuntivas epocales y de un razonamiento —en el que como vimos— entran presupuestos socialistas utópicos en una propuesta de reforma a la democracia liberal. Por lo tanto se va perfilando un proyecto tercermundista, un propósito americano, que se advierte claramente cuando dice:

“Y por fin, nuestra vida espiritual, nuestra existencia de naciones obligadas a sí mismas, exige que penetremos a lo hondo de la esencia de nuestros pueblos. Conozcámonos; sepamos cómo es el hombre que habita qué tradiciones viven en él, y lo impulsan o lo detienen; descubramos y unamos todo cuanto servirá para crear, para instaurar la nueva civilización que ha de ser nuestra, la que debe dominar espiritualmente el porvenir”.<sup>(11)</sup>

La cita es elocuente de su búsqueda de una organización social propia de América y también ella contiene el elemento de futuridad, de prefiguración, que organiza el núcleo utópi-

co. Pero negado como estaba al verbalismo y a los gritos inútiles, busca una opción a la que articular su proyecto. Ésta será el ejemplo mexicano y, no se trata solamente de que México fuera —como ha dicho Alfonso Reyes enfatizando una relación sentimental—, “. . . el plano de fondo de su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones. . .”<sup>(12)</sup>. México es para Henríquez Ureña “el hermano definidor”<sup>(13)</sup>, como denominaba a aquel país en 1923, en uno de sus artículos políticos más claramente antimperialistas.

El proyecto social que lo lleva a formular la Utopía se promueve en discusión con los dos sistemas sociales antagónicos en su tiempo; en tanto que aspira a una organización democrático-burguesa desarrollista sin antagonismos, es una alternativa al capitalismo; y a conquistas masivas de libertad total, sin la dirección del proletariado, como alternativa al socialismo. México aparece como una instancia intermedia, pero las contradicciones que generaba la Revolución mexicana, eran puntos endebles que debía salvar el diseño social de Henríquez Ureña. De aquí proviene el carácter utopista, la visión de futuro, la creación de un espacio vislumbrado, la conciencia de que este proyecto sólo puede alcanzarse “cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva”<sup>(14)</sup>. Entonces enuncia la utopía: “. . . pero la utopía al fin, donde se vislumbra la única esperanza de paz entre el infierno que atravesamos todos”.<sup>(15)</sup>.

Esas citas pertenecen a “La Utopía de América”, especie de opúsculo que lee en 1922 en la Argentina, cuando aquel país recibe la delegación cultural mexicana presidida por Vasconcelos. Debió ser un minuto importante aquel que encontraba a los jóvenes intelectuales mexicanos con otro maestro de la juventud hispanoamericana: José Ingenieros. Allí estaban Ricardo Rojas, que ese año había publicado *Eurindia*, Alejandro Korn, Alfredo Palacios, Vasconcelos que preparaba *La raza cósmica* (1925), y que hizo un discurso brillante incitando al americanismo combatiente. De allí salió la convocatoria de Ingenieros a la Unión Latino Americana, que se fundaría en 1925. Pedro Henríquez Ureña había encontrado un

ambito de recepción para proponer la Utopía, aquel proyecto social que consideraba “nuestra flecha de anhelo”<sup>(16)</sup>;

Entre 1922 y 1925 con la aparición este último año de “Patria de la justicia”, se completan las definiciones en torno a la Utopía. En estos dos trabajos está el núcleo del proyecto social que le da certidumbre y amalgama propuestas históricas, readaptándolas a la situación de la década del 20.

En el indcario social de Henríquez Ureña se concreta la convicción de que la revolución burguesa a la que aspiró el siglo XIX en Hispanoamérica, como compensación de sus necesidades nacionales no resueltas, tendría oportunidad de cumplir sus apetencias en el siglo XX, pero reconsiderando la dependencia socio-política y económica y la frustración de las tareas demo-burguesa en Europa occidental -demostradas por lo menos con la Primera Guerra Mundial. A la vez este proyecto se inscribe en la etapa de recrudescimiento de la lucha de clases en Hispanoamérica y en el momento en el que se funda el pensamiento marxista-leninista.

Henríquez Ureña propone a América como Patria de la Justicia, Continente de la solidaridad, Magna Patria. Sus ideas tienen la resonancia de las de los apasionados fundadores del siglo XIX, como cuando José Antonio Saco dijo: “. . . los nuevos estados nacionales que han nacido en aquel continente, están llamados por la Providencia a ocupar un alto puesto entre las naciones del globo”<sup>(17)</sup> y Juan Bautista Alberdi: en 1837: “Las victorias emancipatrices de América son la creación del mundo universal, del mundo humano, del mundo definitivo”<sup>(18)</sup>. De esa índole son las palabras de Pedro Henríquez Ureña al fundamentar su proyecto utópico: “si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación. . .”<sup>(19)</sup>. Y, cuando afirma que “Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre. . .”<sup>(20)</sup>, rectifica la frustración de aquel propósito de la revolución democrático-burguesa en Europa, cuyos antagonismos habían traído en lugar de amor, odio; en vez de la justicia, la opresión y la guerra; a pesar de las decla-



raciones por la igualdad, la fraternidad y la libertad, la explotación de unos hombres por otros. América aparece así como alternativa para la humanidad, y en este sueño está el vislumbre de los ideales de los patricios del siglo XIX. Aún más que la convergencia de propósitos reformistas y socialistas utópicos, en el ideario de Henríquez Ureña prevalece este utopismo de larga tradición en Hispanoamérica. Los tres factores se suman decisiavamente para formularse en la Utopía, pero especialmente el último la problematiza y le da un sentido deslumbrante.

El proyecto utópico va cerrando sus coordenadas en torno a conceptos de realización, pues el propósito de Henríquez Ureña es que las transformaciones sociales se produzcan como consencuencia de una acción colectiva y para ello contaba con “muchos, innumerables hombres modestos”<sup>(21)</sup>, cuya conformación pluralista incitaba a una unión sin diferencias de razas y riqueza. Esta colectividad de individuos pertenece a una pluralidad de pueblos, noción que recobra de una de las tareas históricas incumplidas y que resume en palabras que no por ser muy repetidas, han perdido su consistencia:

“La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad una *magna patria*, agrupación de pueblos, destinados a unirse cada día más y mas. . .”<sup>(22)</sup>.

La Magna Patria presente en el discurso de Hostos, renovada en el de Rodó, concebida en Nuestra América de Martí, aparece alternando su sentido con la propuesta integracionista boliviariana, que Henríquez Ureña promueve ahora con un enfoque antimperialista: “Nunca la unidad, ideal de imperialismos estériles: sí la unidad, como armonía de las multánimos voces de los pueblos”<sup>(23)</sup>.

Estas nociones abren paso al último de los elementos del proyecto utópico: “El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura. . .”<sup>(24)</sup>, dice, y queda claro que en sus prioridades, el plano de conformación del ser americano somete a la cultura a su propuesta modeladora. Precisa ver la honda reciproci-

dad que encuentra entre los dos términos y cómo la justicia es para él, también, un acto de cultura. La voz de Martí alumbraba su escritura en estas otras reflexiones y, a su semejanza, Henríquez Ureña podía conciliar a Hispanoamérica y a la noche, como aquellos versos tajantes del poeta: “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche”<sup>(25)</sup>.

A lo largo de la obra de Pedro Henríquez Ureña se siente a Martí a veces como un rumor, otras como una onda tumultosa, pero es significativo que en la década del 20 haga su encuentro más relevelador con el que considera “el fascinador, el deslumbrante Martí”<sup>(26)</sup>. Estos son años de fundación, de descubrimientos, de proyectos y programas y, Henríquez Ureña tiende un puente entre el pensamiento humanista ilustrado, que el representaba en máxima tensión socio-literaria con el pensamiento humanista que promovían los fundadores de una nueva ideología. Es el momento en que José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, Julio Antonio Mella, realizan su labor iniciática bajo los auspicios de Manuel González Prada, José Ingenieros, José Enrique Rodó, José Martí, se abre un territorio de comunidades entre ideólogos de diferente estirpe que encuentran capacidades y objetivos comunes.

El proyecto utópico de Henríquez Ureña dinamiza su obra como crítico, historiador de la literatura, orientador de la intelectualidad. El y Mariátegui participan en la creación de una autoconciencia cultural y de una concepción emancipadora para Hispanoamérica. Ambos están proponiendo—desde sus concepciones— una teoría para la práctica transformadora, por eso el trecho que los separa en el programa político y en la fundación de organismos de realización, se acorta en el orden del análisis, desarrollo y orientación del proceso literario y de la conducción cultural.

En el año 1928 dos libros marcan un hito en la orientación del proceso literario hispanoamericano: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y, pocos meses después *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. El libro de Henríquez Ureña es señero para el del peruano y así consta en las diferentes citas que hace en el último de sus siete ensayos: “Proceso de la literatura” y, todavía, deja constancia de su re-

conocimiento en un pequeño artículo crítico sobre *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, que publica en el año 1929, cuando dice:

“En Henríquez Ureña se combinan la disciplina y la medida del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta la esperanza y las tentativas de las generaciones jóvenes. . . Su simpatía y su adhesión acompañan a las vanguardias en la voluntad de superación y en el esfuerzo constructivo. . .”<sup>(27)</sup>

En aquellos tiempos hazañosos, Mariátegui reivindica una fe colectiva para transformaciones mayores de la realidad, como Henríquez Ureña su Utopía. El peruano aunaba fuerzas diversas y contaba con los que llamaban “maestros de verdad y de justicia”<sup>(28)</sup>, entre los que se encontraba el ensayista dominicano. También vislumbraba la posibilidad de una revolución, bajo la experiencia de la de la Octubre en la Rusia zarista y, termina muy joven su vida con ese optimismo, en 1930. Henríquez Ureña, entre tanto, enfrenta los primeros síntomas de una nueva crisis del orden humanista con la Guerra Civil española y los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Debió sentir, como sintieron los intelectuales hispanoamericanos, que con la caída de la República española, uno de los centros de la romanía se laceraba al mundo latino. El enfrenta los primeros rasgos de un giro hacia la fragmentación, cuando su ideario sustentaba contrariamente, la organicidad de la familia humana y bajo esos efectos, al hablar de España en 1935, se lamenta:

“El *Quijote* anuncia que ha teminado la época en que el ideal tenía derecho a afirmarse, para vencer o sufrir, en pública lucha contra los desórdenes del instinto: ha comenzado la era en que dominará el criterio práctico y mundano, sacrificando la justa al orden y la virtud al éxito. . .”<sup>(29)</sup>

Como del coraje nacieron en aquellos años *España aparta de mí este cáliz* de Vallejo y *España en el Corazón* de Neruda; de Pedro Henríquez Ureña nació la obra tensa como un arco: la de maestro y filólogo, la de historiógrafo, marcando el paso a la literatura hispanoamericana, señalando su futuro, lanzando sus flechas convertidas en desciframiento de nuestra vida espiritual, manteniendo la memoria.

Ahora convocamos la autoridad de sus ideas en medio de nuevas expectativas históricas, en las que el llamado pensamiento “post-moderno” presenta sus críticas a la Modernidad, entendida como el proyecto ilustrado europeo que entre nosotros ha recorrido un camino de adaptación hacia una propuesta liberadora. En la década del 70 se generalizó el término “postmodernidad” y la polémica, con la publicación de *La Condición Postmoderna*, de Jean Francois Lyotard. Allí una de sus primeras aseveraciones es la que sigue: “la única alternativa a ese perfeccionamiento de las actuaciones es la entropía, es decir, la decadencia”<sup>(30)</sup>. Opone así la entropía a la utopía y dispara directamente contra la posibilidad emancipatoria individual y colectiva, proponiendo a un hombre ensimismado, solitario y sin nexos sociales.

Desde la perspectiva comunicativa de Lyotard se capitaliza el término “eficaz” para determinar la mayor “performatividad”: informaciones obtenidas o energía gastada sin lograr modificaciones en la información. Se obvian valores como verdad, justicia, educación, moral, atacando de paso a la Razon, los sentimientos y la capacidad pragmática y cognoscitiva del pensamiento llamado Modernista. En efecto, el conocimiento se traduciría en capacidad de acumular información, negándole su posibilidad formadora de una espiritualidad. De esta manera el cenocimiento, la cultura, perderían también su pragmática, o sea, la manera en la que pueden prefigurar el porvenir, transformar la conciencia de los hombres, actuar en la sociedad.

Los postmodernos pretenden dar su estocada final contra la capacidad prefiguradora de los proyectos que desde el siglo XVIII en Europa y desde el XIX en Hispanoamérica, intentan un mundo más pleno para la humanidad, pretextando

que las nuevas generaciones no tienen por qué comprometerse con ideas que por su antigüedad ya nos les pertenecen. Este pensamiento obviando, corresponde a los centros desarrollados, a las sociedades postindustriales, y hace lo que repudia: impone una razón totalizadora, autocrática, a los países periféricos con precario desarrollo, a los que induce a una mitigante pérdida de la memoria.

En última instancia, la crítica a la Modernidad ha permitido que esa Modernidad hispanoamericana se autorreflexione con una mayor capacidad crítica. Que la Utopía se enfrente descarnadamente con la realidad, en la que se hacen difíciles los proyectos emancipadores, la integración americana. Que la Modernidad realice y reanalice en sus construcciones culturales, la relación entre el “deber ser” de su utopía y el “ser” real y sus disyuntivas a corto plazo. Que el discurso de la Modernidad reivindique su capacidad emancipatoria sobre la base de una discusión abierta, polémica y audaz.

En todo caso, esa reflexión que hacemos con urgencia, nos trae ante el juicio de Pedro Henríquez Ureña. Este no es el primer acto, tampoco será el último, para reintegrarnos a la memoria histórica y acoger su propia respuesta para reactualizar la Utopía, como cuando Henríquez Ureña proponía la “capacidad crítica”<sup>(31)</sup>, “el franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu”<sup>(32)</sup>; en lo que subyace su invitación a reactualizar con crítica sistémica el proyecto social de la Utopía y su adaptación periódica.

Invita también a hacer por ella, ese es el convite con el que cerró “Patria de la justicia”, cuando dijo: “Entre tanto, hay que trabajar con fe, con esperanza todos los días, Amigos míos: a trabajar”<sup>(33)</sup>. Y que mejor trabajo que el de esta Utopía que se presenta como creación solidaria, integracionista, abierta a la humanidad, exenta de la explotación del hombre por el hombre, sin barreras de razas, de cultura y de riqueza, que puede defenderse con un contraataque ampuloso, desde la cultura. La Magna Patria de la Justicia aparece como un proyecto de defensa ideológica de la humanidad de América y del mundo.

Hoy estamos en el cruce de otros caminos históricos, razonando una tradición hispanoamericana, una moral, una sociedad, vías de realización políticas y económicas para nuestros países. Nuestra es la urgencia de volver a los sueños de aquellos hombres que no hicieron sino soñarnos a nosotros. Y la Utopía regresa y es activa y su proyecto duele a quienes lo entorpecen; y es vigoroso y aun difícil para los que lo sostienen. Hoy, en esta mediación histórica, la “flecha de anhelo” que lanzara Pedro Henríquez Ureña, sostiene su vuelo vertical.

## NOTAS

- 1) Ver en este punto y sobre su valoración de la utopía, a Arturo Andrés Roig: *La Utopía en el Ecuador*, Quito, Ecuador, 1987.
- 2) Pedro Henríquez Ureña: "Días Alcióneos" en *Obras Completas* Tomo I, (1899-1909), UNPHU, Santo Domingo, 1976, p. 180.
- 3) José Enrique Rodó: "Carta del 20 de febrero de 1906, tomada de Juan Jacobo de Lara: *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*, UNPHU, Santo Domingo, 1975, p. 10.
- 4) Pedro Henríquez Ureña y Arturo R. de Carricarte: "La intelectualidad hispanoamericana" en *Revista Crítica*, 1906 publicado en *Rev. Casa de las Américas*, Núm. 144, mayo-junio, 1979, p. 33.
- 5) : Idem, p. 32 y 33.
- 6) Alfonso Reyes: "Comentario a Infgenia Cruel", en *Obras Completas*, Tomo X, FCE, México, 1959, p. 352.
- 7) Pedro Henríquez Ureña: "Alfonso Reyes" (1927) en *Obras Completas*, Tomo VI, Santo Domingo, 1979, p. 60.
- 8) : "La sociología de Hostos" (1905), en *Obras Completas*, Tomo I, Ob. cit., p. 12.
- 9) : "La Universidad" (1913-1914) en *Universidad y Educación*, UNAM, México, 1969, p. 71.
- 10) : "Prólogo" a *En la orilla. Mi España*, Ed. México Moderno, México, 1922, p. 8.
- 11) : "Volvamos a comenzar", en *Obras Completas* Tomo V, Santo Domingo, 1979, p. 66.
- 12) Alfonso Reyes: "Grata compañía", tomado de Luis Leal: "Pedro Henríquez Ureña" en *Revista Iberoamericana*, State University of Iowa, Estados Unidos, Vol. XXI, núms. 41-42, 1956, p. 133.
- 13) Pedro Henríquez Ureña: "En torno del discurso de Hughes. El hermano definidor, y la doctrina peligrosa" (1923) en *Rev. Del Caribe*, Santiago de Cuba, año I, enero-junio 1984, p. 96.
- 14) : "Patria de la justicia", en *Obras Completas*, Tomo V, UNPHU, Santo Domingo, 1978, p. 445.

- 15) Pedro Henríquez Ureña: "La Utopía de América" (1922) en *Obras Completas*, Tomo V, Ob. cit., p. 239.
- 16) : "Patria de la Justicia", Ob. cit., p. p. 245.
- 17) José Antonio Saco: *Obras Completas*, Tomo 2 p. 148.
- 18) Juan Bautista Alberdi: "Discurso pronunciado el día de la apertura del Salón Literario" en *Obras Completas*, Tomo I, Buenos Aires, 1886, p. 262.
- 19) Pedro Henríquez Ureña: "Patria de la Justicia", Ob. cit., p. 245.
- 20) : Idem, p. 245.
- 21) : Idem, p. 245.
- 22) : "La Utopía de América", Ob. cit., p. 236.
- 23) : Idem p. 240.
- 24) : "Patria de la Justicia", Ob. cit., p. 244.
- 25) José Martí: "Dos patrias tengo yo", en *Letras fieras*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1981, p. 401.
- 26) Pedro Henríquez Ureña: "El descontento y la promesa" (1925) en *Obras Completas* Tomo V, Ob. cit., p. 18.
- 27) José Carlos Mariátegui: "Seis ensayos en busca de nuestra expresión" (1929) en *Ensayos literarios*, Ed. Arte y Literatura, 1980, p. 148.
- 28) : "Sanfín Cano y la nueva generación", (1927) en *Obras*, Tomo II, Ed. Casa de las Américas. La Habana Cuba, p. 264.
- 29) Pedro Henríquez Ureña: "Tradición e Innovación" (1925), en *Plenitud de España*, Ed. Losada, S. A., Buenos Aires, Argentina 1979, p. 24.
- 30) Jean François Lyotard: *La condición postmoderna*, Rei, México 1990, p. 30.
- 31) Pedro Henríquez Ureña: "Conferencias", *Ob. Crítica*, FCE, 1960, p. 171.
- 32) : "La Utopía de América", Ob. cit., p. 240.
- 33) : "Patria de la Justicia", Ob. cit., p. 247.



Esta primera edición de 500 (quinientos) ejemplares de **El Proyecto Utópico de Pedro Henríquez Ureña**, de Diony Durán, se terminó de imprimir en el mes de abril de 1994 en los talleres de Imprenta ONAP, Santo Domingo, República Dominicana.